

DOSSIER

El fenómeno de la sorpresa: atención, resonancia y hundimiento¹

The phenomenon of surprise: attention,
resonance y sinking

Patricio Mena Malet²

RESUMEN

El presente ensayo busca interrogar el fenómeno de la sorpresa, a partir de una lectura de *Le volontaire et l'involontaire* (1950) de Paul Ricœur, en primer lugar, en su relación pendular con la atención y, en segundo lugar, como resonancia vivida como un juicio de novedad y como una afección corporal. Atención y resonancia se revelan como momentos propios de la sorpresa. Tras tales clarificaciones, se podrá reconocer a su vez que la sorpresa es un fenómeno de hundimiento y de concernimiento: sorprenderse por algo implica hallarse hundido en una nueva situación y reconocerse implicado en ella.

Palabras claves: sorpresa, atención, afectación, resonancia, hundimiento, concernir.

ABSTRACT

The following paper aims to interrogate the phenomenon of surprise, from the study of the *Le volontaire et l'involontaire* (1950) of Paul Ricœur, firstly, in his pendular relationship with attention, and secondly, as a lived resonance and as novelty trial and as body affection. Attention and resonance are revealed as moments of surprise. After such clarifications, it will be possible to recognize in turn that surprise is a phenomenon of sinking and concern: to be surprised by something implies to be sunk in a new situation and to recognize oneself involved in it.

Keywords: surprise, attention, affectation, resonance, sinking, concern.

¹ Este texto ha sido escrito en el marco del Proyecto Fondecyt Regular N° 1180375 del que el autor es Investigador Responsable.

² Profesor Asociado del Área de Investigación Filosófica del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de La Frontera. Avenida Francisco Salazar 01145, Región de La Araucana, Temuco, Chile. Email: patricio.mena.m@ufrontera.cl.

Introducción

En *Karl Jaspers et la philosophie de la existence*, Dufrenne y Ricœur escriben que:

(...) cada situación es revocable; yo contribuyo a cambiarla por la técnica, la política, etc... Pues, las situaciones cambian, yo no dejo de pasar de una situación a otra; yo estoy siempre en situación. Esta situación; yo estoy siempre en situación, comparada con cada situación provisoria y vencible, aparece definitiva e irrevocable (1947, p. 175).

Y si el estar propiamente en situación implica su irrevocabilidad, tal como lo dejan claro los autores, por el contrario, se puede, revocar o ver revocada la situación *particular* en que uno se halla, e, incluso, siendo que en ocasiones el sentido que esta aporta y en la que nos hunde puede ser, en ocasiones, tal vez excepcionales, revertido, lo que nos indica que hay situaciones particulares que son reversibles, incluso, si estar en situación es irrevocable e irreversible (Cf. Grosos, 2014).

Mas, lo que aquí me interesa interrogar es uno de aquellos motivos que conllevan el cambio de situación repentino, abrupto e inesperado, a saber, la sorpresa. Así, la irrupción repentina de un acontecimiento, de una persona o de un objeto puede tomar tal relieve en la situación en la que nos hallamos que quiebra nuestra orientación atencional en la que estamos comprometidos, e, incluso, nos reorienta existencialmente de un modo imposible de prever antes del abrupto acontecer que nos afecta. Pero un acontecimiento, con tal fuerza de irrupción, no lo experimentaríamos si este no nos conmoviese afectivamente y nos expusiese a la experiencia misma de la temporalidad, del tiempo vivido del modo más íntimo posible. Tal verse o encontrarse sorprendido implica, ciertamente, un cambio de situación que no siempre es radical, pero que acontece de todos modos.

De esta manera, la sorpresa parece ser un fenómeno que no puede ser examinado si no se considera, por un lado, la afectividad que implica, el momento *páthico* que abre a las cosas mismas en su novedosa irrupción, así como la temporalidad que le es propia. Sobre esta última, y antes de detenernos en ella, es preciso indicar que la sorpresa implica, por un lado, el carácter advenedizo, repentino e inesperado de lo que nos afecta de tal modo que reorienta nuestra atención; pero, también, lo que nos sorprende sigue resonando en nosotros a tal punto que posee una duración y una persistencia que le es propia. Con ello, y es una de las cuestiones que quisiera examinar en este texto, la sorpresa, en cuanto a su temporalidad, no lleva primeramente la marca de la fugacidad, sino que

de la duración, sin la cual no se entendería cómo algo puede sorprendernos y, por ello, irrumpir de algún u otro modo en nuestra orientación atencional para, precisamente, hacerla variar, e, incluso, modificarla totalmente. Por otro lado, no es posible abocarse al análisis y descripción de estos momentos del fenómeno si este no se considera en la relación pendular que mantiene con la atención.

Es a partir de dicha relación que la sorpresa puede ser considerada como una experiencia de sobresalto, de conmoción al nivel del cuerpo y del juicio; de este modo, es a partir del examen del vínculo entre atención y sorpresa que se podrá interrogar la afectividad y la temporalidad propias del fenómeno aquí en cuestión. Con el fin de comenzar nuestra exploración, quisiera interrogar algunos pasajes de *Le volontaire et l'involontaire* de Paul Ricœur, libro en el cual el autor se entrega a una detallada reflexión sobre este fenómeno. Mas, es preciso indicarlo, estas reflexiones que siguen le deben mucho a los trabajos de Natalie Depraz, y a la lectura que ella misma ha realizado sobre la cuestión de la sorpresa en Ricœur, pero también en Husserl (Cf. Depraz, 2015; 2018).

1. La disponibilidad atencional y la sorpresa

Con el fin de buscar claridades con respecto a la relación entre la atención y la sorpresa, Ricœur puede orientarnos a partir del siguiente texto:

Yo soy tanto más atento en cuanto busco menos 'cumplir' intuitivamente una intención vacía y más exploro ingenuamente el campo de percepción; no es la prepercepción ni el deseo que constituyen a la atención, sino la ingenuidad de la mirada, la inocencia de la mirada, la acogida de lo otro en tanto que otro. Por esta activa disponibilidad, yo me inscribo en la consideración del objeto. El verdadero nombre de la atención no es anticipación sino sorpresa; es lo contrario de la precipitación y de la prevención (1950, p. 147).

Lo primero que es necesario indicar es que, con esto, Ricœur nos permite sacudirnos la idea según la cual la atención y la sorpresa son dos vivencias o experiencias que se oponen al punto de repulsarse mutuamente³. Al contrario, Ricœur no solo reconoce el vínculo necesario entre atención y sorpresa, sino que indica además que el *verdadero nombre de la atención es la sorpresa misma*. ¿Cómo y de qué manera se puede enten-

³ Al respecto, Natalie Depraz afirma: "Lejos de oponerse en el sentido de una simple expulsión mutua a la manera de un boomerang, o bien en el sentido binario de una alternativa, como si uno no pudiese vivir en tanto que el otro exista, parece que los dos fenómenos están intrínsecamente -y gradualmente- ligados por su eje común, el sujeto, como lo están los platos de la balanza: si mi atención disminuye (es menos fuerte), mi sorpresa será mayor (más fuerte), e inversamente. Lejos de que una deba morir para que la otra viva, ellos no pueden existir uno sin el otro: tienen necesidad uno del otro, coparticipantes de una sola y misma dinámica antinómica articulada según un ritmo pendular" (Depraz, 2018, p. 56).

der esto último? Es preciso reconocer que se trata de una afirmación llena de opacidad. Mas, tal vez, esto podría significar que el colmo de la atención, su plena realización y, tal vez, su fundamento, es la sorpresa. Si, por ejemplo, vamos caminando por los senderos de una montaña centrados en el paisaje, en los arbustos, en el modo como cae la luz sobre la vegetación y sobre nuestros rostros que llevan la marca de la fatiga y de la sed, toda aquella dinámica del aparecer transcurre sin sorpresa o sin grandes sorpresas. Pues, tal vez, mientras avanzamos, sintiendo y viviendo el esfuerzo corporal como un peso que vuelve cada vez más distante los posibles en vistas, alcanzables y realizables hasta hace algunos momentos atrás, vamos también haciendo experiencias múltiples de microsorpresas, como la del resplandecer de una flor que se nos *impone* en el camino o el frescor repentino que lo experimentamos como una bocanada de aire que nos devuelve el aliento, etc.

Mas, ¿en qué sentido esas experiencias descritas pueden ser o volverse microsorpresas? Sobre todo, si estas no han impedido en nada la marcha por los senderos de la montaña. De alguna manera, han sido vividas como formando parte de nuestra orientación atencional que fluye *marcando* y *destacando* ciertos objetos para llevar consecuentemente a un segundo plano otros. Es lo que Ricœur llama “fenómenos de distribución” (2013, p. 57); a saber, el modo como la atención, en este caso, perceptiva, acentúa unos objetos y ensombrece otros. Mas, lo que explica el desplazamiento de un objeto hacia otro es, por un lado, el interés propio del sujeto, siendo que la atención no es sino aquel movimiento de interés que opera el sujeto y por el cual se moviliza hacia las cosas o sus asuntos. Pero, también, el hecho de que esta, la atención, no solo es un movimiento realizado por el sujeto percipiente, como cuando decimos que “ponemos atención” a tal o cual objeto, sino que también ella puede ser suscitada, despertada por la presencia de las cosas de las que hacemos el encuentro o que vienen a nuestro encuentro.

Así, en nuestro ejemplo, se puede reconocer que las experiencias descritas se fundan en el carácter apelante o apelativo de las cosas, la flor resplandeciente, el frescor que nos devuelve el aliento, al tiempo que interrumpen, aunque sea momentáneamente, el modo como estábamos dirigidos atencionalmente hacia el camino, el paisaje, etc. Son las cosas y sus caracteres apelativos las que despiertan y reorientan la atención hacia ellas, volviéndose tema de interés del paseante. Mas, si aun insistimos en que se trata de microsorpresas es porque dicha reorientación, por la que el camino en su amplitud deja de ser visto en su generalidad para detenernos y focalizarnos en tales y cuales aspectos del entorno que circunda nuestro estar orientado, es en razón de que tal distribución del campo atencional es acompañada de pequeños sobresaltos corporales; y entonces, el montañista, ante la visión de la flor en su resplandor, detiene bruscamente la marcha, se inunda de alegría que expresa tal vez con un pequeño llamado de atención a sus compañeros de marcha al tiempo que su cuerpo entero se inclina espontáneamente para señalar la flor que ahora toma un relieve particular en el paisaje recorrido. Lo

mismo con el frescor que le hace sacar la vista del camino y tomar un gran aliento mirando ahora hacia el cielo.

Con todo, el sobresalto corporal que acompaña el cambio de atención, que la hace declinar momentáneamente para, luego, volver al curso normal, pues se retoma la marcha, no hace época, pues no irrumpe de modo radical, sino solo lo suficiente como para que la sorpresa sea vivida como una detención de la percepción y del actuar comprometido en la marcha por la montaña. ¿Es entonces el sobresalto vivido un fenómeno totalmente necesario y constitutivo de la sorpresa? Esta es una cuestión en la que me detendré más adelante; mas, se puede adelantar lo siguiente: el fenómeno de la sorpresa siempre está acompañado de un cierto sobresalto corporal cuyas características tomadas dependerán del tipo de sorpresa que desvía nuestra atención, y de la atención comprometida, sea esta perceptiva, volitiva, teórica, etc. Mas, no todo sobresalto es índice de que lo que acontece con él es una sorpresa. Pero quisiera dejar este punto en suspenso, pues luego será más ampliamente retomado.

Por otra parte, hay que indicar que la sorpresa aquí en juego, la microsorpresa que acompaña nuestra orientación cotidiana en el mundo, es vivida como el encuentro con algo otro que nos hunde, un instante ya hace la diferencia, en una situación que no se esperaba. La sorpresa es siempre el arribo de lo inesperable y que, por tanto, llega a contrapelo de toda espera o para contradecir aquellas en las que estamos inmersos. Es su carácter inesperado, y no solo la dimensión apelativa de las cosas, una de sus notas que nos permiten reconocer la dinámica pendular entre la sorpresa y la atención en su libre movilidad que le permite pasar de un objeto a otro, destacar unos y ensombrece otros. En este último caso, el sujeto percipiente atiende los objetos, los útiles, los mobiliarios existenciales, conforme a sus intereses y no los tiene en cuenta sino en tanto que reducidos a estos. Así, en el trato con las cosas a la mano estas no aparecen como tales sino tan solo en cuanto se hallan atravesadas por los asuntos de quien las manipula. Junto con ello, aún hay que decir que las cosas, los objetos atendidos, son siempre los mismos, pues son dados según el modo de la anticipación que es propio de la percepción atenta. De este modo, según Ricœur, “cuando yo pongo atención mi paisaje cambia de aspecto, sin cambiar de sentido. Cambio de aspecto e identidad de sentido están en el mismo registro de ser” (Ricœur, 2013, p. 61). La anticipación propia de la percepción atenta se confronta siempre con el mismo objeto, incluso, si cada vez la cosa es atendida desde sus diversos escorzos de un modo prácticamente inagotable. Se puede afirmar entonces que:

Todo lo que se da a nosotros, en el plano perceptivo, se encuentra anticipado por un mentar (intentio, Meinung), que prescribe de antemano sus condiciones de satisfacción y su cumplimiento posible. El modo de donación del objeto depende por tanto esencialmente de una Meinung, es decir, de un mentar, y más precisamente de un mentar de tal y cual modo, según tal y cual sen-

tido, en virtud del cual los materiales hyléticos son aprehendidos de tal o cual manera, como exponiendo tales o cuales objetos – en suma, de un sentido de aprehensión (Auffassungssinn) (Fontaine, 2015, p. 101-102).

La sorpresa, por el contrario, consiste en el encuentro con aquello que, no siendo esperado, no puede ser anticipado. Así en los casos que hemos descrito. Por supuesto, el paseante que se aventura a recorrer los senderos de la montaña puede esperar tener experiencias sorprendentes o ser invadido por microsorpresa en cuanto que posee expectativas que nutren precisamente su deseo de marchar. Mas, no era del todo esperable el encuentro con la flor resplandeciente o el frescor vivificante. Esas experiencias en sí eran inesperadas, aunque sí lo fuera el llegar a tener ese tipo de experiencias. He aquí una cuestión relevante a mi parecer, sobre la que luego volveré brevemente: si la sorpresa implica hacer la experiencia de una espera inanticipable, es preciso reconocer que tal carácter se nutre a la vez de lo ya dado, por tanto, de cierta típica que alimenta nuestra experiencia y que soporta el arribo y la recepción de lo inesperado.

Ahora bien, la dinámica que hay entre sorpresa y espera permite reconocer, por ejemplo, que una atención distendida y no específicamente focalizada, está menos dispuesta a ser golpeada intensamente con la presencia abrupta e inesperada de algo que invade la escena. Una, por el contrario, hiperconcentrada en un objeto, como cuando estudiamos un libro o preparamos una conferencia, parece estar más dispuesta a sufrir el choque de lo inesperado, precisamente a causa de la intensidad de su distracción respecto del mundo circundante que no es atendido. Se puede apreciar aquí entonces la relación pendular que hay entre atención y sorpresa, puesto que la emergencia de una, por ejemplo, de la sorpresa, conlleva la detención de la otra, en este caso de la atención. Ahora bien, si la sorpresa tiene más chances ante una atención focalizada, esta última, tiene también más recursos o motivos para conducir lo que arriba según el modo de lo inesperado a un segundo plano sin dejar que la resonancia del choque se propague perdurablemente. Es lo que pasa, por ejemplo, cuando concentrado en la escritura de una conferencia, un fuerte ruido nos desvía de esta y nos estremece de tal modo que saltamos de nuestra silla. Pero, el interés en el texto es tan fuerte que rápidamente volvemos a retomar la atención en él, y el resto de las cosas vuelve a un segundo plano. El ruido, habiendo *suscitado* nuestra atención, no se ha destacado lo suficiente como para retenerla y mantenerse a sí en un primer plano. La atención vuelve a su flujo normal y la sorpresa decae sin lograr imponerse.

Esto revela, por su parte, que la atención no consiste tan solo en dirigirse hacia y focalizarse en, y, con ello, en hacer pasar a los objetos de la latencia a la patencia y viceversa; sino que también puede ser suscitada y despertada por el encuentro con las cosas. De este modo, buscar cumplir menos “una intención vacía” para explorar “ingenuamente el campo de la percepción” es poner el acento en la disponibilidad atencional,

esto es, en la disponibilidad de hallar lo que no se esperaba de antemano. Se trata de una atención despragmatizada que reivindica el poder de moverse y orientarse libremente hacia las cosas, pero también la capacidad para ser afectada y tomada por su aparecer. Según Ricoeur:

(...) lo que vuelve a una búsqueda atenta no es la presencia y la acción de una idea a priori; es [más bien] la exploración, tan ingenua como posible, que está al servicio de la búsqueda: se busca ver, pero se explora para ver. No son la representación y el deseo que constituyen la atención, sino la ingenuidad de la mirada (Ricoeur, 2013, p. 68).

O, en otros términos, Ricoeur reivindica una atención que explora e interroga la presencia de las cosas sin tener ella misma un “bosquejo previo” de cómo hacerlo, sin dejarse nutrir por los anhelos de unidad y totalidad de la anticipación. Una atención sin bosquejo previo es una atención disponible para la sorpresa, esto es, para el encuentro con lo que arriba inesperadamente. Y, en efecto, si no somos asaltados cada día por grandes sorpresas, si hacemos a lo largo del día múltiples experiencias de microsorpresa que dan una consistencia corporal a nuestra orientación cotidiana, desviándola de sus asuntos y dándole la ocasión de hacer la experiencia de lo nuevo en contraste con lo ya dado para hundir nuestra atención en eso que no se esperaba encontrar. Mas, es preciso agregar que la mirada ingenua de la atención, que reivindica tanto su libertad de exploración como su capacidad de afectación, atenta al objeto, al mismo objeto cuya identidad de sentido es el secreto de la atención, se halla dispuesta al descubrimiento de nuevos escorzos del objeto. Es en la exploración, pero también en la interrogación que conduce una mirada no prevenida, que se haya la posibilidad de la sorpresa. Una mirada, precisamente, no prevenida, es una que se despliega ya con la guardia baja. Pues, el encuentro con lo inesperado supone o implica que la disponibilidad aquí en juego no sea otra cosa que un tener la *guardia baja*, esto es, un orientarse sin un interés conductor que regule o norme el direccionamiento de la atención, pero también consiste en la indigencia de recursos para atender lo nuevo antes de su arribo o mejor aún, la indigencia de los recursos con los que se cuenta ante el arribo de lo inesperado: la atención, siendo la modulación de la vida intencional, esto es de la percepción, de la volición, del juicio, etc., pues cada uno de estos actos se realiza no solo dirigiéndose hacia su objeto, sino haciéndolo con mayor o menor atención, la atención, decía, en su carácter modular, cuenta con los recursos que le son propios, tales como destacar, remarcar, abrir y reconocer un campo de interés, etc., pero también con los recursos del acto mismo, de la percepción, de la volición, etc., por los cuales ella fluye como un rayo hacia los objetos ya dados, pero, al mismo tiempo, aún por darse conforme a las maneras de ser atendido.

Mas, ¿hay ocasiones en que la atención sucumbe ante la experiencia de lo nuevo, de lo otro, sin poder contar con los recursos propios por los cuales les hace frente a los objetos?

¿Se puede hablar entonces de una disponibilidad atencional hacia lo nuevo, hacia lo inesperado y, por ello, sorprendente? Y tal disponibilidad ¿puede ser pensada como una apertura “sin bosquejo previo”, sin las herramientas para recibir antes de la experiencia de la recepción? Examinemos estas cuestiones con más detalle al considerar ahora a la sorpresa como emoción naciente, germinal, que expone el choque con la novedad, pero también las maneras de hacerle frente.

2. La emoción-sorpresa: resonancia y persistencia

Hasta aquí hemos considerado la sorpresa en su relación pendular con la atención, mas también es preciso situarla en relación con la emoción, considerada esta como “un involuntario que *alimenta* la acción voluntaria, que le *sirve* precediéndola y desbordándola” (Ricœur, 1950, p. 236), siendo la sorpresa una “forma de emoción donde el desorden [la desregulación] -del sentimiento- está en estado naciente”. Y de este modo, la sorpresa como una emoción germinal y principal cuenta con el

(...) poder de quebrar la acción, de mover al ser, que no consiste en primer lugar en arrojarlo fuera de sí, sino en sacarlo de la inercia por una espontaneidad siempre peligrosa para el dominio de sí; si la voluntad -agrega Ricœur- debe siempre retomarse de esta espontaneidad, es sin embargo a través de ella que mueve su cuerpo (Ricœur, 1950, p. 236-237).

Para Ricœur, la sorpresa es la “función más rudimentaria de la emoción”, la “actitud emotiva más simple” (1950, p. 238), y, tal como Descartes, hace proceder a la emoción, no del choque, de la crisis, sino que de la sorpresa, no reduciendo a esta última “a su indicación corporal en términos de choque-sobresalto” (Depraz, 2015, p. 26). Y esto, pues, si el sobresalto acompaña cada vez a la sorpresa provocada por la experiencia de algo nuevo e inesperado, no se puede decir lo contrario, esto es, que todo sobresalto sea signo de sorpresa. Pues, bien puede pasar que me estremezca corporalmente ante un estado de cosas perfectamente previsible, del que sé de antemano lo que me sucederá, sin que por ello pueda evitar sobresaltarme. Por ejemplo, si le temo a los perros, y cada mañana paso frente al jardín de una casa donde hay uno que, sin excepción, cada vez que me ve, me ladra, ante el cual yo, sin excepción, me estremezco sin poder evitarlo, incluso si pre-

veo todas las mañanas que su ladrido me hará saltar del susto. No se puede indicar ciertamente que allí está en juego la sorpresa, pues el sobresalto ha sido perfectamente anticipado, el ladrido del perro también. Más bien, dicho estremecimiento corporal forma parte de mi rutina diaria como un involuntario que se expresa corporalmente a contrapelo del querer del sujeto. Por cierto, luego, podré sorprenderme de que no pueda evitar saltar y hasta dar un pequeño grito diario ante el ladrido del animal, mas, dicha sorpresa no tiene como objeto al animal, sino a mi incapacidad de no poder hacerle frente de otro modo. Me sorprende de mí mismo, pero no del ladrido; me sorprende de mi vulnerabilidad ante la situación y de no poder cambiar esta última, por ejemplo⁴.

De este modo, lo que caracteriza a la experiencia de la sorpresa es su relación con lo súbito, lo nuevo y lo *durable*: algo es sorprendente cuando su arribo no era esperable ni anticipable, pero también cuando este perdura y continúa resonando en la experiencia. Por ello, no todo sobresalto expresa sorpresa, pero sí toda sorpresa viene acompañada de un sobresalto, sea este una percepción reorientada por lo que la satura o, por ejemplo, por el curso imprevisto que toman nuestros pensamientos. Entre vivencia y expresión (sobresalto), la sorpresa es un fenómeno circular, de circulación entre el pensamiento y el cuerpo. Afirma Ricœur:

(...) en la sorpresa, el viviente es tomado por el acontecimiento súbito y nuevo, por lo otro (...). Es por el sobrecogimiento que la duración es coloreada, que las cosas nos tocan, que arriba algo, que hay acontecimientos. Lo súbito y lo nuevo pueden no ser reales: la ausencia o la ficción pueden encontrarnos, sorprendernos, asombrarnos del mismo modo. Esta nota nos pone ya en guardia contra una concepción refleja de la sorpresa; ella es a la vez y sin interrupción un choque del conocer y un estremecimiento del cuerpo, mejor aún un choque del conocer, en un estremecimiento del cuerpo (1950, p. 238).

Esto es, el cuerpo cumple la función de encarnar por sobresalto la conmoción del pensamiento ante el arribo de la novedad. Pero, además, permite que el choque de lo inesperado no solo sea verdaderamente un choque, es decir, que afecte al sujeto que lo vive, sino también que continúe resonando una vez acontecido y vivido con la fugacidad del instante. Es la razón por la que la sorpresa puede ser experimentada según el modo de un ascenso de intensidad o, para usar una imagen ambivalente, de un hundimiento cada vez más profundo en el carácter

⁴ Con todo, se puede indicar entonces, en palabras de Natalie Depraz, que: “Ricœur confiere a las ‘emociones sorpresa’ un rol-raíz de ‘disturbio naciente y fecundo’ de la vida humana, a partir del cual se pueden aprehender las ‘emociones-choque’ y las ‘emociones-pasiones’, que corresponden por su lado a disturbios aberrantes y patológicos. Así la construcción conceptual que propone Ricœur es muy original: ella se despliega en tres tiempos unificados por la emoción entendida como un disturbio naciente, la sorpresa jugando el rol de fuente emocional, mientras que el choque, por una parte, la pasión por otra, reenvían a radicalizaciones del disturbio, o instantáneo y corporal (choque), o inscrito en la duración y en el espíritu (pasión)” (2015, p. 26).

novedoso y apelativo de lo que se da como sorprendente, que despierta nuestro interés de modo inesperado, al tiempo que, no dejando de resonar, nos invade con sentimientos de alegría, tristeza, malestar, etc. Se puede ver cómo la sorpresa en su rol de “disturbio naciente y fecundo” es la fuente de otros sentimientos o maneras de encontrarnos en el mundo que, poco a poco, nos hunde en una situación atmosférica (Cf. Romano, 2019, p. 244) en la que resuena aún la vivencia de hallarse sorprendido por algo nuevo e inesperado. Y, de este modo, el disturbio que es la sorpresa, aquel “choque del conocer en el estremecimiento del cuerpo”, no solo hunde al sujeto en una atmósfera cuya tonalidad es singular, sino que, en tal complejización, la sorpresa persiste resonando en la alegría o la tristeza que nos invaden. Tomemos un ejemplo de esta amplificación y resonancia de un relato de Husserl que, aunque no releva aquí la sorpresa, bien la podemos apreciar sin ninguna duda:

Yo hablo con una persona amable. Ella se mantiene ahí con su ‘carácter amable’, mi atención está toda en la conversación donde se expresa el alma de la persona, y yo la considero así, la comprensión pasa por sus expresiones del rostro, yo escucho las palabras, asociadas a la sonoridad cálida de su voz, etc. Todo eso posee sus coloraciones afectivas, sus percepciones afectivas. Yo estoy lleno de una alegría siempre mayor, la excitación ligada a la alegría aumenta. Sin embargo, yo no estoy vuelto hacia la alegría en tanto que tal, tampoco hacia el gozo en tanto que tal; yo estoy vuelto hacia lo que dice la persona, hacia lo que emana de ella en vínculo con su tipo de belleza, etc. La alegría puede envolverme durante un tiempo. Estoy aún de excelente humor cuando me vuelvo hacia otras personas, etc. Cuando vuelvo a pensar en la conversación, tengo ante mí una conversación bella, eufórica, que suscita la alegría y el gozo. O bien, es la belleza de esta alma, el encanto de su tipo de espíritu, el juego travieso de sus bromas y de su humor, etc., que son gozosos; es eso que ha despertado la alegría y bienestar corporal (Husserl, 2016, p. 218).

Como se puede apreciar en el relato de Husserl, el encuentro con aquella persona amable deja una impronta en su interlocutor, que, a medida que avanza la conversación, va reconociendo, precisamente, los caracteres expresivos de su amabilidad. Se trata, si se quiere, de un ejemplo que corresponde a lo que hemos llamado previamente una microsorpresa. La sorpresa aquí en juego no rompe dramáticamente el curso atencional, pero lo redirige hacia los aspectos expresivos de la amabilidad, lo que implica un tomar-conciencia repentino, un juicio de novedad, como lo llama Ricœur, tan veloz como un relámpago, y que no puede sino sobrecojer a quien es testigo tanto de la persona que se presenta inesperadamente como amable, como de

sí mismo, turbado, en algún sentido, ante tal belleza espiritual que se expresa en la conversación.

Mas, ¿cómo es vivido este encuentro, esta microsorpresa? Ciertamente, como un choque del conocer, en primer lugar, cuya expresión podría ser una como esta: “¡no puedo creer que esta persona sea tan amable!”. Pero, también, como un estremecimiento corporal, al verse inundado el interlocutor, por ejemplo, por una alegría o un gozo, o un placer, que se acrecienta a medida que la conversación avanza, pero que también persiste, tal vez de un modo más apaciguado, una vez que aquella persona ya no está presente. De esta manera, la sorpresa no solo reorienta atencionalmente al sujeto que la vive, sino que persiste conforme a un tipo de resonancia corporal por la que se es tomado y hundido en una nueva situación. Así, el encuentro con la novedad “desorganiza -en palabras de Ricœur- un curso regular y adaptado de pensamiento y de vida” (1950, p. 239). Y entonces, la presencia amable del interlocutor no solo hunde a quien lo encuentra en una atmósfera que se transmite y disemina en cierto modo hacia la totalidad del mundo que lo circunscribe, sino que también toma la coloración y el espesor que refluye del estremecimiento corporal -aquí tal vez poco intenso, pero de todos modos presente- hacia el pensamiento. Se atestigua, de este modo, una reciprocidad o una *circularidad*, entre la conmoción del pensamiento y el estremecimiento del cuerpo vivido, del *Leib*, que toma la forma de un *hundirse* en una atmósfera personal que emana, por decirlo así, de la otra persona hacia el resto del mobiliario existencial en el que nos orientamos. Mas, también, esta circularidad entre pensamiento y cuerpo vivo pone de relieve a un *cogito* cuyo acto de recibir y acoger no depende del todo de su dominio, de su intención, de su querer, sino también de la presencia, de las cosas o de las personas, que *se impone* incluso a nuestro pesar.

Pero si el sujeto de la sorpresa no es soberano ante lo vivido como sorprendente, eso no significa que no sea activo respecto de lo que recibe. Acoge, ciertamente, por obra de sí, pero también debido a la presencia de lo otro que se da novedosa e inesperadamente. Así, el sujeto sorprendido no es, con ello, uno del todo pasivo; pues, como se habrá podido apreciar, la sorpresa conlleva una reorientación activa, un despertar activo que puede ser entendido como un volverse atento. ¿Hacia qué? Tal como lo afirma Anthony Steinbock, no es necesario que dicha reorientación atencional me redirija hacia el evento que ha motivado la sorpresa, sino, más bien,

(...) que sea arrojado de vuelta hacia ese segmento de experiencia que es relevante. Este es un volverse activo y un volverse de vuelta sobre una experiencia a través de la cual la sorpresa instiga actividad –aun cuando el volverse y el ser arrojado de vuelta hacia la experiencia no es un esfuerzo voluntario de parte del ego (Steinbock, 2017, p. 21).

La reinterrogación de la experiencia puesta en juego en la sorpresa puede alumbrar cierta persistencia de las emocio-

nes despertadas por y en la sorpresa. La presencia amistosa del otro no solo ha producido un choque de pensamiento, sino que también ha motivado un estremecimiento corporal gracias al cual el acontecimiento del encuentro amistoso sigue sucediendo, sigue dándose, incluso después de la partida de aquel amable sujeto. Según Ricœur:

El cuerpo impide que el encuentro con lo nuevo siga siendo un toque fugitivo; hace que la conciencia se aquiete, se abrume de algún modo en una representación: con la admiración se ve bien que la función de la emoción, como dice Descartes, es 'fortificar y conservar una impresión', el cuerpo amplifica y magnifica el instante de pensar, dándole por espesor de duración el tiempo de estremecimiento del cuerpo; por la sorpresa un pensamiento se impone de algún modo físicamente (1950, p. 239).

Así, entonces, la sorpresa vivida como un disturbio que afecta al pensamiento y al cuerpo, es decir, experienciada pasivamente como una irrupción que desorienta y que se padece, puede, al mismo tiempo, como en este caso, redirigir la mirada hacia la experiencia que ella misma compromete y, de esta manera, aportar una lucidez, e incluso, una hiperlucidez que acompaña entonces a la atención, una vez que el sobresalto se ha apaciguado. Lo que antes era confusión, desorden, crisis, ahora nutre la conversión atencional dirigida esta vez, si no hacia el objeto de la sorpresa, sí hacia los modos como esta se ha intensificado como alegría, tristeza, etc., pero también conforme a su presentificación actual, ya no en carne y hueso, sino según el modo del recuerdo, de la imaginación, la fantasía, etc. Así, si es cierto que entre la atención y la sorpresa hay una dinámica pendular por la que la emergencia de una ensombrece a la otra, también es cierto que la sorpresa tiene su afán productivo con relación a la atención en la medida que, distrayéndola de sus objetos, la vuelve atenta a otros así como a las experiencias que han sido comprometidas en el ser sorprendido, que lo han sido y que lo serán a causa de las maneras como resuena aún lo sorprendente en el pensamiento y en el cuerpo, cuya modalidad es el estremecimiento.

De esta manera, la sorpresa devela aquella pasibilidad y disponibilidad de la atención a hacer el encuentro de las cosas sin "bosquejo previo". El sujeto sorprendido se ve conducido a aportar respuestas creativas ante la nueva situación en la que se halla concernido y orientado. Mas, si esto implica que la habitualidad sea de algún modo trastocada, eso no significa que las respuestas requeridas ante lo inédito no requieran de lo ya adquirido, de los hábitos, del saber-hacer, etc. De aquí dos consideraciones: primero, lo inédito es un fenómeno de contraste, es decir, se dona como tal ante las estructuras típicas que están a la base de la cotidianidad y sus procesos de familiarización; segundo, lo estereotipado, lo habituado, lo rutinario, etc., siendo suspendidos en la experiencia de la sorpresa no son del todo inhibidos, pues ellos mismos aportan recursos para hacer frente a lo nuevo, más el modo de entrar en relación con esta típica

cotidianizante es, a su vez, nuevo. Es en este sentido que, en palabras de Anthony Steinbock, la sorpresa:

Es un conmovido despertar a algo o volverse hacia algo, el cual es en sí mismo una respuesta 'original' o 'creativa', un creativo retomar un ser o no-ser emergente en la forma única de aceptar lo que no puedo aceptar como alegre, placentero, doloroso, triste, o de manera indeterminada. Todo esto ocurre sin ser un proceso que tenga lugar a través de un juicio o de una reflexión sobre la situación (2017, p. 23).

Con ello, lo que hay que destacar es que la sorpresa, siendo vivida pasivamente, pone en juego a un sujeto activo que debe inventar los recursos para responder al evento inesperado. Pero, dicha invención no asegura ciertamente una lucidez respecto de cuáles sean las mejores formas de contestar. De este modo, a mi juicio, el hombre sorprendido es también aquel que, padeciendo lo inesperado, es confrontado al riesgo de tener que responder reinventando la relación con los recursos con los que cuenta para ello; recursos indigentes en la sorpresa, pero abiertos a ser retomados de modo inédito. Esto último parece del todo relevante pues con ello se indica que la experiencia de la sorpresa es la de una apertura, un despertar hacia algo, que, conmueve los recursos que tenemos para recibir lo nuevo, esto es, que desestereotipa aquellos modos de ser habituales, tipificados, y, reinventando la relación con ellos, los abre a posibles no previstos, pero realizables. Todo ello hace del hombre sorprendido uno que debe arriesgar su modo de ser ante la apertura de un nuevo campo de interés, de un nuevo aspecto de las cosas que apela de un modo inédito. ¿Cómo responder ante la novedad que no solo irrumpe, sino que exige el reacomodo de nuestras capacidades que deben responder a nuevas exigencias que nos sacan de nuestro centro? La sorpresa es ciertamente una experiencia de descentramiento, pero, también, es preciso indicarlo, de recentramiento, pues ella no solo nos vuelve hacia lo otro, vivido pasiva y activamente, sino que también nos vuelve hacia nuestra propia experiencia y exige, si la sorpresa se impone, se intensifica y perdura en la conmoción y sobresalto, una renovación de los recursos por los que recibimos la alteridad, que recibida, nos constituye y entrega a nosotros mismos de otro modo. Es así que me parece que los análisis de Ricœur, que he tomado parcialmente y que he intentado prolongar un poco, no solo dan cuenta de un fenómeno particular, como el de ser sorprendido, sino que nos habla de lo propio del *cogito brisé*, en el contexto de *Le volontaire et l'involontaire*, que, quebrado por lo otro, despliega su querer y acción acogiendo, recibiendo y consintiendo aquello que se impone como ya dado, pero también como irruptivo y novedoso. Pues, toda la libertad del *cogito* consiste, como lo afirma Ricœur, en elegir con recursos no elegidos, pero también en innovar en los modos de relación con aquellos recursos para precisamente arriesgar la propia libertad. El fenómeno de la sorpresa, siendo apenas un ámbito

de la experiencia limitado, deja resonar la dinámica entre lo dado y lo nuevo, entre una vida habituada y una vida lanzada en la conformación de su propio destino.

3. La experiencia de hundimiento o de hallarse concernido

A modo de conclusión, se puede indicar finalmente que la sorpresa, asaltándonos y tomándonos, irrumpiendo y resonando en nuestra vida, descentrándonos y centrándonos a su vez, conlleva la experiencia de hundimiento o de un hallarse concernido por la situación que toma un relieve nuevo e inesperado. Pues, quien se ve sorprendido no solo vive la sorpresa según el modo cómo se impone la presencia de algo de una manera hasta ese momento inesperado, sino que también se ve implicado en la situación nueva que ello conlleva. Y si, ciertamente, aquella no toma necesariamente un relieve del todo diferente, pues, en estricto rigor, nada parece haber cambiado en el mundo que nos circunscribe tras el arribo de lo sorprendente o de lo que motiva nuestra sorpresa, sí, es preciso indicar, que hay algo que se ha visto transformado con mayor o menor profundidad, sea que se trate de una micro o macro sorpresa, a saber, nuestra relación con nuestro *Umwelt*.

Así, lo que resalta la sorpresa es que no estamos meramente en el mundo sino que aquel estar-en conlleva una manera de estar hundidos e implicados que depende de nuestra disponibilidad y apertura afectiva. Nos hallamos constantemente movilizados hacia nuestros asuntos, hacia los intereses que se nos aparecen como fines deseables y realizables, y todo ello no es sino expresión de aquel modo singular de estar hundidos en la situación personal que es la propia de cada uno de nosotros. Y, sin embargo, la experiencia de la sorpresa revela también aquella disponibilidad a ver revertida nuestra situación, y, por consiguiente, a dejarnos hundir y concernir por una radicalmente nueva e inesperada. Reconocerse sorprendido por..., es decir, haber hecho la experiencia de la sorpresa, es hacer la de un quedar hundido en el mundo que se abre a la luz de la presencia que se nos impone. Los ejemplos examinados en este texto, el fulgor de la flor, la presencia amistosa del sujeto recién conocido, indican precisamente el hecho de que sorprenderse es hundirse en y a partir de los relieves de la cosa que se destacan acontecialmente, es decir, que se donan como un acontecimiento que irrumpe en nuestra existencia. Es tal la irrupción, y tal la detención de nuestro estar orientados atencionalmente, que se podría decir que aquello tiene su razón en este verse envuelto en una situación destacada por la presencia que se ha impuesto y que, en ocasiones, lo seguirá haciendo por un tiempo. Cuando el paseante se detiene ante el fulgor de la flor en el camino, no se trata solo de un “quedar destacada” de aquella, sino de un “quedar sujeto a ella” que ciertamente puede tomar la forma de la fascinación.

Mas, este “quedar sujeto” o “ser tomado por” el fulgor o el resplandecer, o, si volvemos al ejemplo husserliano, por el cariz

amistoso del hombre recién conocido, es, en verdad, un “quedar concernido” por aquellos caracteres de la cosa o la persona que se destaca por sí mismo del contexto de emergencia que le es propio. Sus relieves, su modo de presentación, se vuelven sorprendentes en la medida que quedamos hundidos en él y, por ello, reorientados. Y si, tal como lo hemos indicado, la sorpresa no siempre conlleva un cambio de época en nuestra existencia, sí implica una transformación en los modos cómo nos relacionamos con el mundo que nos circunda y con nosotros mismos. Pues, incluso, si tras hacer la pausa en el camino motivada por la flor; vuelvo a la actividad en la que me hallaba concernido, caminar, pasear, etc., algo, ciertamente, ha cambiado; y es que la sorpresa vivida ha desvelado aquella disposición a ser descentrado y recentrado a partir del arribo de lo otro. La experiencia de la sorpresa es, si se quiere, la de un despertar de un nuevo interés que se impone a pesar de sí, aunque, ciertamente, a partir de la historia de sí, mas no exclusivamente. Quedar hundidos en una situación, inesperada ella misma, no es encontrarse con algo diferente, como si el cambio de situación fuese el resultado del cambio del mobiliario existencial en el que nos hallamos; por el contrario, la situación es nueva conforme a la manera inédita como nos hallamos hundidos y concernidos en ella. Es esa manera nueva de relación la que nos toma por sorpresa y por la que quedamos implicados también novedosamente.

Finalmente, si la sorpresa implica este despertar inesperado -inesperado en su modo relacional- hacia tales y cuales cosas que toman un relieve tal que se imponen imprevisablemente en nuestro modo de estar orientado, habría que indicar entonces que el hundimiento que conlleva o que es, releva, por su parte, la convergencia de *ambientes* en la que nos hallamos tomados continuamente. La experiencia de la sorpresa releva el modo cómo se destaca uno de otros, sin excluirlos ni aniquilarlos. Mientras nos hallamos sorprendidos por la presencia singular de algo particular, nos mantenemos aún tomados por nuestros hábitos, por nuestro modo de ser corporal, por el entorno que nos es más familiar; y, sin embargo, todo ello ha sido revestido de una mayoría de edad que debe vérselas con lo que ahora se presenta como nuevo. Así, hallarse implicado o concernido en una situación inédita es, a su vez, reconocerse a sí mismo como un sujeto histórico que cuenta con un mundo cuya familiaridad es su signo. La sorpresa, por ejemplo aquí la microsorpresa, no quiebra su persistencia, aunque la interrumpe. Mas, ella misma -la sorpresa- no podría imponerse si esta historia que es la nuestra -encarnada en nuestros modos habituales de ser corporal- no se viese conmovida y, en algún respecto, transformada por la sorpresa que renueva nuestro interés en el mundo y nuestro trato con él. Por ello, antes que decir que la sorpresa implica una transformación radical de nosotros mismos y de nuestro mundo y los posibles que lo configuran, sería mejor indicar que la sorpresa nos hunde en ellos de una manera inédita e inesperada. La experiencia de la sorpresa es la de un hundimiento en una situación a pesar de sí y que puede conllevar, en los casos en la que esta persiste según el modo de la resonancia, la emergencia de un nuevo interés vital o existencial, haciendo de la conversión atencional el índice de una conversión existencial.

Bibliografía

- DEPRAZ, N. 2015. La surprise. Une dynamique circulaire de verbalisation multivectorielle. In: N. Depraz et C. Serban (sous la direction). *La surprise. À l'épreuve des langues*. Paris, Hermann, p. 21-42.
- DEPRAZ, N. 2018. *Le sujet de la surprise: un sujet cardinal*. Bucarest, Zeta Books, 164 p.
- DUFRENNE, M. & RICOEUR, P. 1947. *Karl Jaspers et la philosophie de l'existence*. Paris, Seuil, 399 p.
- FONTAINE, P. 2015. De la 'surprise esthétique'. Pour une intentionnalité désarmée. La rencontre avec l'œuvre d'art comme 'fulguration d'un événement unique'. In: N. Depraz et C. Serban (sous la direction). *La surprise. À l'épreuve des langues*. Paris, Hermann, p. 100-122.
- GROSOS, P. 2014. *Le réversible et l'irréversible. Essai sur la réversibilité des situations d'existence*. Paris, Hermann, 186 p.
- HUSSERL, E. 2016. Études concernant la structure de la conscience (1908-1914), Volume 2, 'Actes affectives et donnée axiologique'. *Alter. Revue de phénoménologie*, N° 24 : 213-230.
- RICOEUR, P. 1950. *Le volontaire et l'involontaire*. Paris, Aubier, 464 p.
- RICOEUR, P. 2013. L'attention. Étude phénoménologique de l'attention et de ses connexions philosophiques. In: *Écrits et conférences 3. Anthropologie philosophique*. Paris, Seuil, p. 51-93.
- ROMANO, C. 2019. *Les repères éblouissants. Renouveler la phénoménologie*. Paris, PUF, 318 p.
- STEINBOCK, A. 2017. La sorpresa como emoción: entre el sobresalto y la humildad. *Acta Mexicana de Fenomenología. Revista de investigación filosófica y científica*, N° 2, abril: 13-30.

Submetido em 27 de dezembro de 2019.

Aceito em 20 de fevereiro de 2020.